

E-DEMOCRACIA PARA **INDIGNADOS**



La democracia directa
sin partidos políticos

JAIME DESPREE

E-DEMOCRACIA PARA INDIGNADOS

© Jaime Despree

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción sin la autorización del autor
<http://jaimedespree.com>

ISBN: 9781793335395
Editado por el autor
Primera edición: Enero de 2019
Foto de portada: <https://pixabay.com/es/>

JAIME DESPREE

E-DEMOCRACIA PARA
INDIGNADOS
LA DEMOCRACIA SIN PARTIDOS POLÍTICOS

ENSAYO

PRÓLOGO

En octubre de 2008 los islandeses se echaron masivamente a la calle para forzar a su gobierno a rechazar el pago de la enorme deuda ocasionada por la quiebra de sus bancos, llevando a este pequeño país a un proceso de renovación constituyente.

En enero de 2011, un joven, agobiado por su precaria situación económica, se quema a lo bonzo en Túnez, provocando masivas movilizaciones que terminan con la rápida caída del gobierno antidemocrático de Ben Alí. El inesperado resultado de estas movilizaciones contagió a Libia, causando la caída del coronel Gadafi, e inmediatamente se extendió a Egipto, donde tras masivas movilizaciones en la plaza Tahrir de El Cairo, los manifestantes consiguieron su propósito de derrocar a Hosni Muvarak y convocar un proceso constituyente para la creación de un nuevo sistema más democrático. En Siria, debido a las complejas circunstancias étnicas y religiosas de su población, las movilizaciones chocaron con la firme oposición del gobierno de Bashar al-Asad, provocando una larga y cruenta guerra civil que al redactar estas páginas todavía no ha concluido. En

algunos estados del Golfo Pérsico, y por similares circunstancias, el movimiento de indignados tampoco tuvo éxito. Toda esta serie encadenada de sucesos revolucionarios ha sido calificada por los medios de comunicación como la «Primavera árabe».

Afectados por la crisis financiera, el 15 de mayo de 2011 miles de madrileños, en su mayoría jóvenes universitarios de clase media, profesionales, docentes y desempleados de todas las edades, convocados por mensajes publicados en Twitter y Facebook, y difundidos a través de los teléfonos móviles con mensajes SMS, decidieron tomar la céntrica Puerta del Sol con una espectacular acampada, precedida por un grupo de 40 espontáneos. El motivo de la concentración era ambiguo y variado según cada grupo o tendencia de los convocates, pero sobresalía un claro eslogan: «¡Democracia real ya!». Inspirados por el opúsculo publicado por el exdiplomático francés, y uno de los redactores de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, Stéphane Hessel, se autodenominaron los «Indignados».

El suceso ocupó la primera plana de los principales medios de comunicación internacionales y el espontáneo movimiento madrileño tendría eco más allá del Atlántico. En Nueva York un numeroso grupo de indignados acampó en las inmediaciones de Wall Street, denominándose precisamente «Occupy Wall Street». A esta ocupación le siguieron otras en San Francisco y en casi un centenar de ciudades de los EE. UU. En Londres se formó otro numeroso colectivo, que acampó en las inmediaciones de su catedral, y en otras ciudades europeas, como París y Berlín, se produjeron esporádicas manifestaciones de indignados sin que se consolidaran sus acampadas. Por último, al redactar estas líneas, se están produciendo multitudinarias manifestaciones en las principales ciudades de Turquía de similares características, aunque tomaran como excusa la destrucción de un parque de Estambul, y en las principales ciudades de Brasil,

también con el pretexto de la subida de tarifas de los transportes públicos.

Hasta aquí, y de forma muy resumida, llega la breve historia de este movimiento, que ha provocado la perplejidad y la confusión entre las fuerzas políticas y democráticas tradicionales. Todos se hacen las mismas preguntas: «Pero ¿qué quieren estos indignados? ¿Es que no tienen las urnas para mostrar su descontento? ¿No hay libertad de expresión y de opinión para exponer pacíficamente sus reivindicaciones, con el diálogo como gente civilizada? ¿Por qué a los políticos que hemos sido democráticamente elegidos nos llaman dictadores?»?

Pero estas y otras muchas preguntas también se las hacen los mismos indignados, y para las que hasta el momento solo se han dado respuestas circunstanciales sobre un variado y extenso número de reivindicaciones, como su deseo de reformar la democracia de raíz, el sistema financiero internacional, erradicar la corrupción de la clase política, o anular las severas medidas de austeridad y sus secuelas impuestas a los países en crisis.

Pero si los indignados no tienen todavía respuestas concretas para ver realizadas todas sus reivindicaciones, sí tienen la fuerte intuición de que sus movilizaciones tienen un propósito radicalmente nuevo y revolucionario, que no guarda relación con ninguna de las causas tradicionales que motivaron las pasadas grandes revoluciones sociales. Al menos tienen la certidumbre absolutamente clara de que es un movimiento provocado por el impacto de los nuevos medios móviles de comunicación y las redes sociales, blogs y páginas web de Internet. Pero eso no quiere decir que crean que estos nuevos medios traigan necesariamente el cambio por sí mismos, sino que su uso les ha permitido tomar consciencia de que ya pertenecen a una nueva era, que requiere, a su vez, una nueva democracia.

Yo también soy de la misma opinión. Tanto es así que este trabajo lo he publicado con los medios disponibles, y

que podemos calificar de asombros y revolucionarios, de esta nueva era digital que ya es una realidad. En efecto, no ha sido necesario enviar copias del manuscrito en papel a una docena de editoriales, las que transcurridos algunos meses me hubieran enviado una cortés carta formulario rechazando su publicación. Pero aunque lo hubieran aceptado, no he tenido que entrevistarme con alguno de sus ejecutivos para negociar un contrato de edición, de cuyas posibles ventas yo obtendría un escuálido 10 ó 15 por ciento. Además tendría que aceptar cláusulas abusivas, como la exclusividad mundial del libro incluso en formato digital.

No, todo lo que he tenido que hacer es bajarme un par de programas de edición en diferentes formatos digitales, editarlo y publicarlo en mi blog. Para darle todavía mayor difusión, ha sido suficiente acceder a una página web de una popular librería virtual, rellenar un formulario y bajar a su servidor el texto del libro y la imagen de la portada. En total he tardado 10 minutos, ¡y ya está publicado!

Pero esto me ha planteado un enorme problema de conciencia, porque tantas facilidades me podían hacer caer en la precipitación y no considerar lo suficiente la calidad del trabajo, que nadie va a valorar, excepto yo mismo y mis posibles lectores. Esto me ha obligado a ejercer mi libertad con mayor responsabilidad y reflexión, y releer el manuscrito más de dos docenas de veces para hacerle sucesivas correcciones, hasta que por mi propio juicio crítico, que es el único disponible, lo he considerado al menos aceptable para su publicación. Esto nos demuestra claramente que el ejercicio de la libertad debe hacernos más conscientes y responsables, y no todo lo contrario como se podría pensar. En otras palabras, este extraordinario cambio prueba que ya estamos de hecho en una nueva era, que nos ofrece más libertades, pero a cambio nos exige más responsabilidades.

Pero, no solo tantas facilidades han estimulado sobre manera mi sentido de la responsabilidad sobre el contenido

de este trabajo, sino también sobre la conveniencia o no de su publicación. Ya que no esperaba la decisión de un editor, sino la mía propia.

Si me he decidido finalmente a publicarlo es porque considero que el movimiento de los indignados necesita cuanto antes una teoría política concreta que le libre de la indefinición actual. Por esta misma confusión, los poderes públicos que enfrentan estas movilizaciones no pueden, aunque esa fuera su voluntad, canalizar sus reivindicaciones.

A partir de ahora las calles y plazas de las ciudades integradas en la sociedad de la información serán auténticas bombas de relojería, y no habrá suceso importante que no se tome como excusa para nuevas y multitudinarias manifestaciones de indignados. Por tanto, de alguna manera es necesario canalizarlo, aportando ideas y reflexiones que expliquen el movimiento y definan sus reivindicaciones concretas, aún a riesgo de que no sean acertadas. Y esa es precisamente la única intención de este breve ensayo: proponer una nueva forma de gestión democrática que esté más acorde con las nuevas circunstancias culturales creadas por la revolución digital y las justas aspiraciones democráticas de los indignados.

SOBRE LOS GOBERNADOS

¿Para quién es el gobierno?

Al dar comienzo este nuevo ensayo intento ser lo más lógico y razonable posible, y empiezo por preguntarme cuál es el sujeto fundamental de la acción de gobierno, y no es difícil deducir que los protagonistas indiscutibles son los gobernados; es decir, el sujeto es el pueblo. Sin el pueblo no tiene sentido el gobierno. Pero el pueblo, a su vez, está compuesto por individuos, que son seres humanos, con su diversidad de caracteres y personalidades. Luego, finalmente, el sujeto fundamental de todo gobierno es el ser humano.

Esto me lleva a intentar entender, con una previa reflexión filosófica, ese sujeto que llamamos ser humano. Para ello es necesario que defina con la mayor precisión posible cómo es el ser humano y cuáles son las certidumbres que determinan su comportamiento, tanto natural como social.

El interés previo de esta investigación es obvio, pues todo buen gobierno debe tener en cuenta las necesidades reales de aquellos a quienes gobiernan.

Lo físico y lo psíquico o espiritual

El ser humano es por supuesto un organismo vivo. Como tal organismo está sometido a las deterministas leyes de la naturaleza. Su ciclo de vida es similar al de todos los organismos vivos: nace, crece, se reproduce y muere. Para realizar satisfactoriamente estas funciones dispone de un determinado tiempo y ciertos recursos naturales en forma de estímulos, como son las sensaciones de placer y satisfacción y de dolor e insatisfacción. Con estos dos simples estímulos primarios y naturales, de hecho son los primeros de los bebés humanos y del resto de los animales, aprende buena parte de cuanto necesita para sobrevivir y determinar su comportamiento más fundamental. Padecer hambre es do-

loroso y le obliga a procurarse el alimento. Hacer el amor es placentero, lo que facilita su reproducción, etc.

Pero este comportamiento determina tan solo su condición animal, y de no contar con otras certidumbres no estaría yo ahora escribiendo un modesto ensayo acerca de una nueva forma de democracia para la actual era digital. En efecto, en el transcurso de nuestra traumática evolución desde el estado animal, los seres humanos hemos desarrollado dos nuevas y revolucionarias percepciones, como son las emociones y las impresiones.

Estas percepciones no son directas, como son los sentidos físicos, transmitidas por alguna forma de contacto directo, sino que son lo que podemos llamar como percepciones indirectas; es decir, que no requieren contacto físico directo alguno. En otras palabras, no son percepciones físicas sino «psíquicas». Pero, ¿qué es la psique; qué son estas percepciones; dónde se producen, y que estímulos y certidumbres causan?

Las percepciones psíquicas son también el resultado de alguna sensación física, pero en lugar de percibirse directamente por el sistema nervioso y ser transmitidas inmediatamente al cerebro para establecer la adecuada reacción y respuesta, se «proyectan» previamente en un espacio insustancial, o más propiamente «psíquico», donde son valoradas y transmitidas las correspondientes órdenes al cerebro, para que éste responda finalmente con la reacción más apropiada. En otras palabras, las percepciones psíquicas no se resuelven directamente en el cerebro, sino indirectamente en la psique.

Cuando tocamos algo caliente no nos paramos a reflexionar si será o no conveniente retirar la mano, porque la sensación de dolor indica al cerebro que debemos retirarla inmediatamente, lo que hacemos sin reflexión alguna. Pero si contemplásemos un hierro candente, y tenemos la experiencia o la información adecuada, la imagen roja de la zona calentada nos sugiere que tocarla nos producirá dolor, y

ordenamos al cerebro que se abstenga de hacerlo. Por tanto, no hemos reaccionado inmediatamente al estímulo, sino indirectamente, tras una simple reflexión basada en el significado de una imagen. Esa es la función de la psique, en perfecta combinación con el cerebro y su capacidad de memorizar y segregar sustancias que estimulen físicamente nuestras sensaciones y emociones.

Pero la psique tampoco puede ser algo estático e insustancial sino que debe ser una «fuerza», o forma de energía, que activa las imágenes que causan las emociones y los procesos que suceden en la conciencia. Como las cosas vivas con sentidos indirectos están en permanente actividad, la psique constituye un «principio vital», tal y como ya la entendían los filósofos de la antigua Grecia. Por tanto, se induce que la psique debe ser los flujos de energía vital que circundan el cerebro, y no el cerebro en sí mismo, como pretenden algunos neurólogos. En resumen, podemos simplificar definiendo la psique como la «energía vital» que activa la imaginación y la conciencia.

Sobre el alma y el espíritu

Desde antes de Aristóteles ya se vinculaba la psique con el alma, y desde entonces hemos venido asociando inevitablemente psique con todos los fenómenos relacionados con un supuesto espíritu y con la conciencia. Si bien debe ser así, es absolutamente necesario, no solo definir con precisión qué entendemos por espíritu y por conciencia, sino, una vez entendidos, separar ambos fenómenos psicológicos y establecer con toda claridad las causas de ambos, sus percepciones y sus efectos.

En primer lugar, la aparición de la psique es, como decía, el resultado a su vez de la aparición de los sentidos indirectos, como el oído, el olfato y, sobre todo, la vista, pues es-

tos sentidos necesitan contar con «algo» donde proyectar provisionalmente el resultado de sus percepciones. Por tanto, ya podemos establecer que todo organismo vivo que cuente con sentidos indirectos tiene necesariamente psique. Esto quiere decir que su comportamiento no es solo «lógico», de acuerdo a las leyes deterministas de la naturaleza, sino que también es «psico-lógico», o, lo que es lo mismo, que no solo actúa con determinación sino también con alguna forma de reflexión y libre albedrío, gracias precisamente a su psique.

La otra causa de confusión entorno a su vinculación con el alma es la remota creencia, desde las doctrinas sobre Orfeo de la antigua Grecia, de que el alma, no solo es una entidad insustancial e inmortal, sino también independiente del cuerpo. El mismo Platón la considera superior al cuerpo, y nuestra tradición judeo-cristiana le concede cualidades trascendentales, sobre las que se sustentan ambas doctrinas.

La teología puede inducirnos a creer en la existencia del alma como independiente del cuerpo y de otros seres extraordinarios y sobre naturales, como el Espíritu Santo, pero con la simple experiencia de la realidad sensible no se puede probar su «consistencia». En otras palabras, su existencia tan solo se basa en una certidumbre fundamentada en una hipótesis improbable, pero sí perfectamente creíble, puesto que la fe nos permite creer en la existencia de lo improbable. Naturalmente que la certidumbre teológica tiene su fundamento en la creencia de que las entidades extraordinarias que creamos en la imaginación son de inspiración divina, es decir, reveladas.

Pero la simple experiencia de los hechos nos prueba que la psique; es decir, el alma para el contexto de la teología, y que se supone es la responsable de las cualidades morales del ser humano, no se «une» al cuerpo en el momento de la gestación, sino que surge durante el proceso de desarrollo progresivo de los sentidos indirectos. Por esta ra-

zón podemos perfectamente determinar que carecen de alma, o son “desalmados”, los organismos vivos que no tienen sentidos indirectos, o que teniéndolos no los consideran para determinar su comportamiento, limitándose a seguir los impulsos físicos directos; es decir, los estímulos del placer y la satisfacción y del dolor y la insatisfacción sin más.

Pero la Revelación, puesto que es una cuestión de fe y la fe debe tener algún fundamento, también debe tener una razonable explicación que sea compatible con la experiencia de la realidad. La explicación debe estar vinculada a la idea de «espíritu», de donde proviene la del alma.

Si el razonamiento inductivo anterior nos había llevado a considerar la psique, el alma, como la energía vital o activa, el espíritu debe ser por inducción lógica, y considerada en el contexto físico, la energía en sí misma, o, más propiamente, la «energía en reposo o pasiva» que contiene toda forma de materia, sea orgánica o inorgánica, y que enunció Einstein en su famosa fórmula $E=mc^2$. De manera que tenemos una psique personal «animada», el alma, con cualidades éticas y morales, y otra psique universal «inanimada» y sin alma, y, por tanto, sin cualidades éticas o morales.

Ese espíritu universal está presente en todo el cosmos, y que, para las culturas ancestrales chamánicas, no es otra cosa que el espíritu de la naturaleza, animada e inanimada. Pero, entonces, ¿de dónde proceden las cualidades éticas, estéticas y morales del alma humana?

Las cualidades del alma

De acuerdo a lo expuesto en el apartado anterior, y utilizando expresiones propias de la teología, puesto que provienen de la teología y no de la filosofía o la ciencia, podemos decir que el ser humano nace con espíritu, pero sin al-

ma. Esta aseveración es por supuesto una herejía teológica, a pesar de que concuerda con el ritual del bautismo y del supuesto pecado original, pero sin embargo es algo fácil de constatar en la experiencia de la realidad.

Para satisfacer sus primeras necesidades, los bebés empiezan por desarrollar plenamente los sentidos básicos y directos del placer y el dolor a través del gusto y del tacto, y solo a partir del desarrollo progresivo de los sentidos indirectos del oído, el olfato y la vista adquieren la capacidad de otras formas de percepción y de expresión, cuyas sensaciones, agradables o desagradables, dependerán de su sensibilidad natural para apercibirse del valor ético y estético de aquello que ven o sienten; es decir, distinguir el bien del mal. Más adelante estos valores los determinará la conciencia y sus juicios de valor, y terminarán por modelarlos la educación y su cultura local.

Las nanas que le canta la madre al bebé le relajarán hasta provocarle el sueño; los sonajeros excitarán su curiosidad y, sobre todo, las expresiones de las imágenes de la madre y de las personas que le rodean determinará su primer sentido natural del bien y del mal, siendo «buenas» aquellas imágenes que le emocionan con agrado y le hacen sonreír y “malas” las imágenes que le emocionan con angustia y le hacen llorar. Por supuesto que la primera valoración del bien proviene de la «buena imagen» que le sugiere la madre, emoción de felicidad que es recíproca y constituye el principal fundamento de la poderosa afinidad materno-filial, mientras que, por desgracia para los padres, en bastantes ocasiones la primera imagen del mal puede ser la «mala imagen» que les sugiere el padre, que le angustia hasta hacerle llorar.

Por tanto, el alma, y con ella la capacidad natural para distinguir el bien del mal, surge progresivamente con el desarrollo y actividad de los sentidos indirectos. En otras palabras, el alma surge de las emociones y tiene como utilidad